

maestras cuando nos describe la desbordada pasión amorosa que despertara entre algunas de sus alumnas en el Liceo en que desempeñara la cátedra de español.

Su matrimonio, con todo el cortejo de amarguras provocadas por él mismo, dadas su incorregible inclinación alcohólica y sus inveterados hábitos de trasnochador, presenta ocasión al novelista para describir con patético realismo, excesivo en algunos casos, como al relatar su espantosa noche de bodas, la tragedia de la esposa adolescente, enamorada, más que del hombre, del poeta que triunfaba en el ambiente literario de aquellos años santiaguinos.

No sé hasta donde sea permitido a un novelista, a un buen novelista, como Luis Enrique Délano, el dar caracteres monstruosos a un escritor desaparecido hace algunos años, y a quien todavía se venera en algunos círculos de mediana cultura. Hay cierta crueldad no justificada, ni por la verdad histórica ni por el interés artístico en entregar al malévolo comentario de la gente, intimidades de alcoba que denigran a un ser humano.

No es un espíritu pacato el que me dicta este reparo al novelista; pero sí casi todo en la vida tiene un límite, como dice alguien, creo que en esta ocasión se ha ido más allá de lo prudente.

«El laurel sobre la lira» tendrá, de seguro, gran éxito de librería, y la crítica deberá reconocer que este libro de Délano, escrito según los viejos moldes de la novela, confirma sus grandes cualidades de narrador, que ya Gabriela Mistral le reconociera públicamente.—C. P. S.



<https://doi.org/10.29393/At255-256-282ICGK10282>

IMÁGENES Y CONFIDENCIAS. Novela, por *Benedicto Chuaqui*;
Imprenta Ahués Hnos.; Santiago

Si Benedicto Chuaqui hubiese llegado a nuestro país armado con todas las armas de una cultura propia y formada, y en afán de conquistar una nueva cultura, su empresa le habría sido acaso

mucho más difícil que al venir así como venía: desnudo e inerme su espíritu de muchachito. Mas, lleno de inquietudes y necesidades . . .

Necesidades espirituales y materiales, que le hicieron gustar con apetencia los alimentos vivos de una nueva nacionalidad, los que habían a su vez de ir formando en su destino como otra nacionalidad. Midiendo varas de miriñaques y vendiendo chucherías en los baratillos; ofreciendo sus cosas de tienda en ocasionales giras ambulantes; yendo, activo, emprendedor—y sobre todo, inteligente—, de un negocio a otro, fué observando las costumbres del país y cogiendo los modismos populares; fué escuchando los regateos, y las bromas, y de vez en cuando, algún intraducible pero expresivo insulto, y hasta alguna amorosa confidencia, más expresiva aún, a través del mostrador, en cuyo revuelto total sabor encontró la sal bien disuelta del lenguaje chileno. Sobre esas sales y esas cales de primaria y cuasi biológica cultura, a las que se agregaron después las secundarias del pulimiento social —que asimiladas todas ellas por un organismo en buena disposición, habían de culminar en una casi perfecta identificación con el ambiente—, las lecturas asiduas y los estudios, crearon por último en Benedicto Chuaqui, comerciante venido de la lejana Homs de Siria, las condiciones subjetivas de un escritor. De un escritor de innegable colorido chileno en algunas de sus obras.

En *Imágenes y Confidencias*, al igual que en *Memorias de un Emigrante*, de la cual es una continuación, el autor narra en forma autobiográfica episodios y memorias de su vida, y en ambas el contenido novelesco no está empapado ni regido por docentes empirismos literarios, sino por el libre empirismo de la vida; por el revivir, en los recuerdos, de sus actividades de comerciante, de sus disciplinas de bombero, de sus entusiasmos deportistas, de sus fugaces arrestos de editor y periodista, de sus inquietudes benefactoras y familiares; y ante todo, está empapado y regido por el flúido tibio de su sensibilidad. Es el

hombre que ha mirado con los ojos, y que ha escuchado más con los ojos que con los oídos. Y que ha sentido sencillamente con el corazón.

Bajo la forma sencilla, confiada, y confidencial, de *Imágenes y Confidencias*, el contenido de la narración fluye con un grato sabor cotidiano, en el que se entremezclan la realidad y los sentimientos, y en el que nosotros hemos gustado el mayor encanto de esta hermosa novela autobiográfica, y también algún menor desencanto, ante tal o cual exceso confidencial del autor. Benedicto Chuaqui escribe con humor y buena filosofía; describe hechos y cosas; les da relieve, movimiento y significado, y los impregna de un vital interés que se comunica al lector. Interés difícil de lograr dentro de la mínima tensión estética que generalmente anima obras de esta índole; pero que en *Imágenes y Confidencias* se mantiene desde el comienzo hasta el fin, tanto por el sostenido ingrediente dramático que tonifica la material unidad de la narración, como por la riqueza de imágenes y detalles de nuestro país, que realizan el ambiente.—GUILERMO KOENENKAMPF.



LIBROS CHILENOS

En este siglo, la prosa imaginativa chilena ha alcanzado puesto excepcional en la literatura del Continente: descubrió su paisaje, retrató a su hombre y sus pasiones, desentrañó el sentido último de las concejas populares. A veces, la predilección: acentuada por uno de estos tres procedimientos, dió en lo pintoresco o resbaló sobre la superficie de los hombres. Pero también se dió en Chile, y excepcionalmente, el escritor que reúne en su labor los escenarios de todas las comarcas y los tipos que integran la nación: Mariano Latorre los ha congregado en su obra. Y ello denota la madurez de una literatura.